

## Discurso del Excmo. Sr. D. Dalmacio Negro Pavón

Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

### MENÉNDEZ PELAYO Y NOSOTROS

1. Menéndez Pelayo fue un riguroso investigador y maestro de la verdad, que, según él mismo (1876), tenía “la mala costumbre de decir las cosas muy claras”. Este hábito juvenil le acompañó toda su vida, lo que, naturalmente, no siempre le granjeó simpatías. Pero en la seguridad de haber sido fiel a sí mismo, escribió ya en el ocaso de su vida: “sólo el celo de la verdad me mueve en mis investigaciones, que continuamente estoy rectificando porque no presumo de infalible”. Y como todo esto es retrospectivamente muy cierto, entiendo que mi contribución a este oportuno homenaje conmemorativo al que fuera miembro de esta Real Academia, podría consistir en el presente momento histórico en evocar su defensa de la Nación española y de su unidad. Pues, debidamente hibernado o arruinado el *éthos* tradicional, el consenso oligárquico parece empeñado en la destrucción de la Nación Histórica para dar satisfacción a imaginarios hechos diferenciales y supuestos agravios históricos o, pretextando modernizarla, hacer otra nación muy distinta, ajena a su historia: pues no se trata sólo del *eadem sed aliter*, sino que lo que está en juego es el *éthos* que singulariza a las naciones.

A la verdad, nuestra circunstancia es distinta a la de don Marcelino. En su momento, sólo estaba en crisis la conciencia nacional debido principalmente al caos político por falta de ideas claras, que el propio Menéndez Pelayo describe prolijamente en distintos lugares, y a la pérdida de los restos de la España de ultramar. En el nuestro, la crisis afecta al cuerpo y al espíritu de la Nación Histórica originaria acuñada por los siglos. Mas, en el fondo, si bien se mira, las causas internas son las mismas, por cierto, en un contexto internacional muy distinto.

2. Por temperamento, formación y elección, Menéndez Pelayo era un conservador tradicionalista. Miraba de reojo el inevitable centralismo que acompañaba a la implantación de la estatalidad<sup>1</sup> –del Estado decía desdeñosamente y con exactitud a pesar de su hegelianismo, que es “un ente de razón”–, y rechazaba el utopismo y el pseudoliberalismo destructivo que él veía encarnado sobre todo en los progresistas, que “no traían ninguna doctrina que sepamos, sino sólo cierta propensión a destruir”. Despreciaba especialmente el “liberalismo de café, que, con supina ignorancia de lo humano y lo divino, raja a roso y velloso en las cosas de este mundo y del otro”. En suma, se consideraba “muy poco liberal” según el uso de esta palabra. Sin embargo, habría que precisar. Don Marcelino, aplicándole las categorías políticas actuales, era en realidad lo que afirmaba con palabras ajenas de su admirado Jovellanos: un “liberal a la inglesa, innovador, pero respetuoso de las tradiciones: amante de la dignidad del hombre y de la emancipación verdadera de espíritu, pero dentro de los límites de la fe de sus mayores y del respeto a los dogmas de la Iglesia”<sup>2</sup>. Es muy significativo a este respecto lo que escribió en el Prólogo a los *Estudios literarios* de Macaulay: En Inglaterra, “la libertad política (y Macaulay lo inculca a cada paso) es algo positivo y que depende de leyes y tradiciones veneradas, por lo cual en manera alguna ha de confundirse con la libertad histriónica, declamatoria, clerofóbica o sesquipedal que en el Mediodía conocemos y que se alimenta de sueños y utopías”. Parece, pues, convincente clasificarle como conservador liberal o liberal tradicionalista, si bien no simpatizaba precisamente con el carlismo. Como tal, se opuso simultáneamente al pseudoeuropeísmo de pretensiones dogmáticas o científicas juzgándolo corruptor, que empezó a asomar a partir de la revolución de 1854<sup>3</sup>, a la repercusión tardía en España de las de 1848 y al talante pesimista del “regeneracionismo”.

Don Marcelino se apoyaba en los hechos. Y aunque en múltiples ocasiones se lamentó de la situación o se quejase abiertamente en 1909 de “la triste y abatida España en que vivimos”, siempre fue más realista que pesimista. Su optimismo era limitado, pero esperanzado. Y como todo lo que estaba en sus manos consistía en dar fe notarial del hecho de que España disponía, a pesar de todo, de una gran masa hereditaria, se propuso hacer de albacea transmitiendo todo aquello del pasado que, con su fino olfato intelectual, considerase importante para el porvenir: “yo, a falta de grandezas que admirar en el presente, he tomado sobre mis hombros la tarea de testamentario de nuestra cultura española”. Puso su gran capacidad de trabajo, su enorme erudición, sus eminentes dotes intelectuales, sus

---

<sup>1</sup> Por ejemplo: “...en los primeros años del siglo XIX la centralización francesa había dado sus naturales frutos, pero era sólo ficticia y arrogante. La masa del pueblo estaba sana. El contagio vivía sólo en las regiones oficiales. Todo era artificial y pedantesco...” *Historia de los heterodoxos españoles*. 2 vols. Madrid, BAC, 1978. L. VI, c.2, IX, p. 485.

<sup>2</sup> *Historia de los heterodoxos*, L. VII. c. 3, V, p. 563.

<sup>3</sup> *Historia de los heterodoxos*. L. VIII, c. I, VI.

emociones y su voluntad al servicio de esta tarea. Lo hizo apasionadamente. Pero el apasionamiento de don Marcelino no era el que le reprochaba al gran historiador Mommsen, de la clase que nubla el juicio sano y objetivo. El resultado fue su magna y rigurosa obra. "Nichts in der Welt geschieht ohne eine grossen Leidenschaft" (nada acontece en el mundo sin una gran pasión) decía su admirado Hegel.

De ahí su actualidad con el plano de la cultura y, para los cultores de la inteligencia, el ejemplo de su actitud. Bastantes de aquellos a quienes les desbrozó el camino con sus descubrimientos, con su actitud científica, con sus métodos, le han tratado con desdén, creando una atmósfera reticente en torno a su obra y su figura. Pero sólo el papanatismo cultural dominante, tan frecuente en España como observó el propio don Marcelino en alguna ocasión, puede condenar al olvido el legado de alguien a quien veía Azorín como "el último gran obrero del cerebro" o menospreciar a quien, según Marañón, "no fue un hombre de talento sino un genio". "Varón de pro en la historia de la cultura española", decía Laín Entralgo. "Uno de los valores soberanos de la cultura contemporánea", garantiza Fernández de la Mora. La deuda que tiene con él la cultura española es inmensa. Da que pensar sobre su estado actual el olvido de su magisterio y de su obra.

3. Tomando la palabra regeneracionismo en sentido amplio, incluidos sus extremos, se puede resumir la visión que tenía esta corriente del pensamiento, de la situación histórica de España, como el final de un ciclo histórico en el que se estaba agostando la fuerza vital de la nación, concurriendo a probarlo la paulatina liquidación en el '98 de la proyección imperial hispana. Su pesimismo llevaba a muchos regeneracionistas a aconsejar con la mejor voluntad hacer un examen de conciencia que pusiera en tela de juicio, junto con su historia, las capacidades de España como Nación en el concierto de los pueblos europeos, que entonces dirigían el mundo. Y esto les inducía a interpretar la historia española como una anormalidad en el conjunto de la historia universal. Menéndez Pelayo sostendrá la tesis contraria, replicando que la anormalidad consistiría más bien en que, habiendo pasado otros pueblos y naciones europeos por trances parecidos, ninguno como el español había renegado de sí mismo ni mucho menos pensado en el suicidio como el español. "¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular!", exclama. En estos casos han vuelto sobre su propia historia en lugar de hacer almoneda de ella, buscando en la tradición, más que consuelo, renovar las fuerzas para reemprender el camino en el seno de la historia universal. Decía Maquiavelo que, cuando va mal el curso de una batalla, lo pertinente puede ser *ritornare al segno*, reagruparse en torno a la bandera. Y esto es lo que representa la colosal obra de Menéndez Pelayo: la demostración de lo que creía por convicción y pasión que era una gran historia, desde un punto de vista objetivo, una de las más sólidas y decisivas en el marco de la Historia Universal, y la voluntad de recuperar todo aquello que fuese útil a

una España moderna y segura de sí misma, que no renegase de su pasado. Juan Valera no se recató en decir que, “antes de Menéndez Pelayo, los españoles nos ignorábamos”.

La actitud de don Marcelino era la de un patriota, no la de un casticista, actitud cómoda en todos los tiempos de quiénes, compartiendo el desánimo, se niegan a aceptar el diagnóstico sin hacer nada para superar los vicios y las deficiencias colectivos. El suyo era un patriotismo como el que describió en su *Discurso* de contestación al de recepción a Pérez Galdós en la Real Academia de la Lengua: “no el bullicioso, provocativo e intemperante, sino el que, por ser más ardiente y sincero, suele ser más recatado en sus efusiones”. Por eso afirmó de sí mismo que no era “educador de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición con que han de nutrirse”, pues su concepción de la tradición era la que llamaba Michael Polanyi “la tradición creadora”.

4. Si se considera desapasionadamente el conjunto del espíritu hispano y su lugar en la historia universal, resulta bastante certero el diagnóstico de Nietzsche: “España es la nación que quiso demasiado”. y el fracaso por querer demasiado no es de suyo motivo para el pesimismo. Y tampoco el pesimismo derivado de una situación política concreta tiene que ser sin más exportable a la vida histórica. La realidad histórica y social, la vida de los pueblos, es más profunda, más permanente, más rica y más ancha que la vida política, que es vida superficial, anecdótica, tanto más cuando no enraíza en aquéllas. Lo grave es que el pesimismo político español se nutría entonces, me parece que igual que ahora, del desconocimiento elemental, cuando no de la tergiversación, de la historia de España. En el momento presente se empeñan en tergiversarla los propios españoles en aras bien de la supuesta modernización, como si una cosa tuviera que ver con la otra, o bien de espurios intereses oligárquicos o de visiones puramente ideológicas. El mismo gobierno de la Nación ha puesto en circulación recientemente el absurdo oxímoron de la “Memoria Histórica”.

En contraste, Menéndez y Pelayo, enfrentado al desvitalizador pesimismo hispano de su tiempo, veía la historia, con perspectiva científica y a la vez pedagógica, pero ciceronianamente, como *magistra vitae*. A los entusiastas e ideólogos de la Memoria Histórica les hubiera repetido las palabras de su *Discurso de ingreso* en esta Real Academia: “Negar es fácil; dudar, todavía más; burlarse, facilísimo. Pero ni las negaciones, ni las dudas, ni las burlas, por muy chistosas que sean, pueden en historia prevalecer sobre los documentos”. Y es que, escribe en *Estudios y discursos de crítica literaria*: “... cuando la pasión religiosa o política se mezcla en estos asuntos:[de investigación]”, y viene en ayuda de la pereza histórica, los errores se endurecen y hacen callo en la voluntad y en el entendimiento, matando hasta el deseo de la verdad, que es natural impulso de todo espíri-

tu sano"<sup>4</sup>. Es posible que hubiera añadido las del libro VII, (c. III, sec. III) sobre los *Heterodoxos*: "Hora es ya que la historia se rehaga, fiel sólo a la incorrupta verdad cuyos derechos jamás prescriben, ni siquiera por el testimonio de apasionados ancianos que aún rinden gracias a todos los prejuicios y ceguerras de su mocedad"<sup>5</sup>.

El pesimismo español, del que suelen derivarse graves consecuencias para la convivencia, tal vez sea una afección, desgraciadamente no siempre desinteresada, de las clases dirigentes, empezado por las intelectuales, más que del pueblo. El pesimismo popular se refiere sólo a las clases dirigentes, de las que deconfía. Ortega lo vio pero lo interpretó mal, sin que le disculpe la influencia de Renan, y resumiendo ese espíritu pesimista proclive al suicidio histórico, que quería empero superar, definió la Nación como un proyecto —a la postre cosa de élites—, no como una realidad efectiva, sólida, mineral que unifica al pueblo. No sin cierta contradicción consigo mismo, puesto que consideraba las naciones una de las creaciones más características de la civilización europea.

Las naciones son individuos históricos que tienen sus altibajos. Pero mientras conserven como una constante su tradición viva creadora, las caídas son circunstanciales. Y esto es, justamente, el *Triebfeder*, el motor, de la gran lección científica de Menéndez y Pelayo, que comienza por asentarse en la realidad, sinónimo de la verdad: "Hoy presenciamos, escribía el sabio santanderino, el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es lo único que redime y ennoblece a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyos recuerdos tienen virtud bastante para retardar nuestra agonía". Salvo en lo de empobrecido materialmente, este conocido párrafo<sup>6</sup> podría ser una descripción de la situación actual, en la que, ateniéndose más a

---

<sup>4</sup> Apud J. M<sup>a</sup> SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, *Antología General de Menéndez Pelayo*. Madrid, BAC, 1956. n<sup>o</sup> 216.

<sup>5</sup> El siguiente texto de la Carta-prólogo al libro *Felipe II* de Valentín Gómez, invita a la reflexión: "La falsa historia lo ha invadido todo: en las aulas, en los círculos literarios, hasta en el hogar de la familia, se nutre nuestra juventud con el fruto de las mentiras de tres generaciones: la presente, enciclopedista y la ecléctica y doctrinaria. Convertida en arma de partido, arrastrada por el lodo de las calles y por la alfombra de los congresos en retumbantes y asiáticas peroraciones, invocada como texto por todo linaje de sofistas y ambiciosos, hecha pedazos en las columnas de la desgrefiada prensa, la historia de España que nuestro vulgo aprende o es una diatriba sacrílega contra la fe y grandeza de nuestros mayores o un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto, etc., sirven no sólo para envanecernos e infundirnos locas vanidades". *Antología General*. N<sup>o</sup> 845.

<sup>6</sup> De *Ensayos de crítica filosófica*. En M. MENÉNDEZ PELAYO, *La historia de España* (selección de textos de J. Vigón). Madrid, Ciudadela, 2007.

la lógica de las ideas abstractas que a la lógica de los hechos, está rebrotando el pesimismo de la época de Menéndez y Pelayo ante el pasado hispano y la naturaleza de la Nación.

5. Los pueblos tienden a confundir la desmoralización a la que les inducen las elites con la decadencia. Pero el auténtico peligro de la aceptación como verídico del diagnóstico de decadencia es que se transforma en un importante factor de la verdadera decadencia. Pues, si se combina con la convicción en la fatalidad del destino, induce a renunciar a ponerle remedio, contribuyendo a impulsarla y hacerla inexorable. Sólo queda entonces como último refugio el desahogo retórico. Y ésta es también, sin duda, una de las causas principales de la crisis actual, sin más fundamento que una especie de retórico ajuste de cuentas, que debe pretender ser definitivo, con la historia de España, sin más objeto previsible que el de iniciar una nueva andadura partiendo de cero, en una burda y anticuada imitación de la revolución jacobina de 1789. Para colmo, sin el entusiasmo y la fuerza jovial y vital del jacobinismo. Es un ajuste de cuentas mucho más ideológico-burocrático y aburrido que realista y justiciero. Pero puede ser muy destructivo, dado lo mal-trecho que está el *êthos* de la Nación.

La mayor dificultad de este nuevo proyecto abstracto en gestación, típicamente constructivista aunque comience por la destrucción, consiste en que, como demuestra la auténtica ciencia histórica, la diosa Clío siempre acaba vengándose de las ofensas del voluntarismo antihistórico, que purgan con dolor los pueblos. No obstante, a la verdad, es preciso reconocer que, entre este momento histórico y el que le tocó vivir a Menéndez y Pelayo, existe la gran diferencia de que la crisis actual hay que enmarcarla en la crisis general europea, que tampoco es sólo una crisis de la conciencia europea como la que diagnosticara Paul Hazard, sino que coincide con el hecho cierto de la salida de Europa del primer plano de la historia universal, en parte, por la *necessità delle cose*, en parte voluntaria, por negarse a ser ella misma, al renunciar las elites a su tradición, a su espíritu, a su *êthos*.

En el caso particular español retratado por Menéndez y Pelayo, que parece una anticipo de lo que pudiera ser el porvenir de Europa, el gran escritor santanderino encontró el antídoto en la vuelta a la historia nacional. Se podría decir que dedicó su vida a hacerla visible a sus compatriotas. Sentencia: “pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte; puede producir brillantes individualidades aisladas, rasgos de pasión, de ingenio y hasta de genio, y serán como relámpagos que acrecentarán más y más la lobreguez de la noche”<sup>7</sup>. Y puso su inteligencia y su saber al servicio del pueblo, no al de las clases diri-

---

<sup>7</sup> *Antología General*, nº 950. Vid. también, sobre sus causas, el nº 954.

gentes, que juzgaba quizá irrecuperables. “Su voz, decía el estudioso de su pensamiento Antonio Farinelli, era como la voz de un pueblo entero; en su corazón palpitaba el corazón de millones”. Es posible que Menéndez Pelayo tuviese presente la famosa frase de Augusto Comte, el Papa de la ciencia: “Los vivos están siempre, y cada vez más, gobernados por los muertos: tal es la ley fundamental del orden humano”. Los genes tienen historia, garantiza la genética. Pero para Menéndez Pelayo, que no era determinista ni positivista, los vivos no tienen por qué someterse a los muertos; en cambio, para ser fieles a sí mismos, han de tomar de los antepasados lo que les sobrevive como tradición creadora. El propósito científico profundo de Menéndez Pelayo consistía en restaurar el hilo de la tradición. Como dijo en la advertencia preliminar a la segunda edición de *Heterodoxos*: “el olvido o el frívolo menosprecio con que miramos nuestra antigua labor científica es no sólo una ingratitud y una injusticia, sino un triste síntoma de que el hilo de la tradición se ha roto y que los españoles han perdido la conciencia de sí mismos”.

6. Decía Hegel, de quien era tan devoto don Marcelino, partidario de impulsar en España un “hegelianismo cristiano”, que en la historia no hay errores; los hechos son su única verdad. Los errores, como los pecados, los cometen los hombres individuales, y los pecados históricos los cometen generalmente los políticos y los embaucadores. Y frente al revisionismo pesimista del regeneracionismo, que juzgaba mal informado, Menéndez y Pelayo dedicó su esfuerzo a demostrar, al hilo de los hechos, que “la historia de España, a la cual convergen todos mis trabajos”, es la historia de una gran Nación. Que, como muestra su historia, cuenta con recursos suficientes para reemprenderla. No en vano es una historia abierta a la universalidad, aunque es natural que tuviese momentos de ensimismamiento, como consideraba el presente. Menéndez Pelayo quería contribuir al renacimiento del espíritu nacional, “ese espíritu que vive y palpita en el fondo de todos nuestros sistemas, y les da cierto aire de parentesco, y traba y enlaza hasta a los más discordes y opuestos”<sup>8</sup>. Sin embargo, universalista y decidido enemigo del centralismo, tal como se manifestó públicamente en el famoso *Brindis del Retiro*, no era un nacionalista. Escribió en la advertencia preliminar a la *Historia de las ideas estéticas*: “Ni [éste libro] ni otro alguno de los míos tiende a presentar a España como nación cerrada e impenetrable al movimiento intelectual de mundo, sino, antes bien, a probar que en todas épocas, y con más o menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos y dignos de estudio y gratitud, hemos llevado nuestra piedra al edificio de la historia universal”. Es posible que don Marcelino, llevado por su entusiasmo, incurriese en ocasiones en exageraciones o errores ópticos al interpretar los datos. Pero en esa actitud de un hombre bien informado

---

<sup>8</sup> *Antología General*, nº 92.

radica todo el conservadorismo ideológico que se le achaca y que le ha merecido el honor de haber sido proscrito por un pseudoliberalismo revisionista más ideológico que liberal, pues el auténtico liberalismo no es enemigo de la tradición, sino todo lo contrario: sabe que una poderosa porción de las vidas individuales corresponde a la vida colectiva, y que ésta es conservadora, por lo que apela a la tradición para, apoyándose en ella, extraer nuevas posibilidades históricas. Desde mi, en este momento, obligada perspectiva reduccionista, intentaré resaltar dos aspectos del pensamiento de Menéndez y Pelayo, gran erudito que se avergonzaba “de las muchas [cosas] que ignoro”, y gran investigador, parte, *velis nolis*, de la mejor tradición intelectual española. Ambos aspectos pueden ser orientadores, a mi juicio, en este momento de desconcierto colectivo.

Por una parte, el de la aptitud española para la ciencia, por otra, el de la unidad nacional.

7. El mito de la ineptitud española para la ciencia tiene mucho que ver con el complejo de inferioridad del español que diagnosticara el gran médico López Ibor como la causa psicológica de nuestro pesimismo histórico. Ortega cometió la injusticia de burlarse del esfuerzo de Menéndez y Pelayo diciendo que lo que había probado es que no había una ciencia española. Seguramente sin pretenderlo, Ortega mermó así, con su gran autoridad, la del sabio santanderino, cuyo objetivo no era sólo éste, sino mostrar que en España nunca se había coartado la libertad científica y de investigación, uno de los tópicos de su época... y de la nuestra. Es muy elocuente a éste respecto la carta extremadamente juvenil de 1876, pues contaba sólo diecinueve años, a su maestro don Gumersindo Valverde. Su objeto es la desazón que le produjo un ensayo de don Gumersindo de Azcárate en el que éste último, por quien sentía un gran respeto intelectual, afirmaba que en España el poder político había ahogado casi por completo durante los tres siglos anteriores el interés por la ciencia y la posibilidad de investigación. La carta es muy larga; citaré las primeras líneas: “Sentencia más infundada ni más en contradicción con la verdad histórica no se ha escrito en lo que va del presente. Y no es que el ilustrado Sr. Azcárate sea el único sostenedor de tan erróneas ideas, antes con dolor hemos de confesar que son hasta vulgares entre no pocos hombres de ciencia de nuestro país, más versados sin duda en libros extraños que en los propios”. Tras unas sustanciosas consideraciones sobre lo extendido de esa opinión, Menéndez Pelayo anticipa ahí lo que iba a ser luego una gran parte de su proyecto intelectual plasmado en *La ciencia española*, para el autor “un libro de batalla”<sup>9</sup>. Y ese

---

<sup>9</sup> Cuyo “único mérito (si alguno tiene)”, decía modestamente en el preliminar a la tercera edición, “no consiste en la parte polémica, condenada a morir en cuanto las circunstancias pasen, sino en lo que tiene de manual bibliográfico, único hasta ahora de su género entre nosotros, por lo cual deben disimularse las infinitas omisiones”.

será el tono general de todas sus investigaciones históricas, tanto de índole filosófica como literaria.

El otro aspecto negativo, el de la incapacidad del español para la ciencia, que lleva implícito el de la incapacidad para adaptarse al mundo moderno, lo desgrana a lo largo de todas sus obras. Concretamente, en lo que se refiere a la ciencia estricta, reconoce que si bien en el siglo XVI estaban preparados los españoles para acometer empresas científicas, es cierto que prefirieron dedicarse a las técnicas. “Nuestra historia científica, escribe en 1894 en uno de sus *Estudios de crítica literaria*, dista mucho de ser un páramo estéril e inclemente en la Edad Media y en el siglo XVI es hasta gloriosa; tuvo también días de gloria en la restauración científica del siglo pasado [el XVIII], puede volver a tenerlos: aun en los tiempos más calamitosos nunca dejó de existir, aunque fuese a título de excepción...” Por cierto, que lo de la palabra “páramo” intelectual parece una constante. Se ha vuelto a poner de moda en nuestros días, mereciendo una adecuada respuesta por parte de Julián Marías.

Menéndez Pelayo reconocía al mismo tiempo, y en el mismo lugar, que la historia de la ciencia española, “tomada en conjunto, sobre todo después de la Edad Media y de los grandes días del siglo XVI, está muy lejos de lograr la importancia y el carácter de unidad y grandeza que tiene la historia de nuestro arte, de nuestra literatura, de nuestra teología y filosofía, no meramente de las ciencias políticas y morales, como algunos dicen...” “Basta, sin embargo, lo que conocemos, lo que sabemos hoy por hoy, escribe, para negar, a posteriori, la incapacidad del genio español para las ciencias de observación y de cálculo. Lo que se hizo sería poco o mucho, y sobre el valor relativo de cada autor y de cada invención puede disputarse sin término; pero, en suma, se hizo algo, y en algunas materias bastante más que algo. Puede no ser lo suficiente para consolar nuestro orgullo nacional, pero basta y sobra para la demostración de la tesis”. En este aspecto, en España ha predominado la acción sobre la contemplación: “país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas, y en cierto modo utilitarias. Lo que más ha faltado a nuestra ciencia en los tiempos modernos es desinterés científico”. Pero esto no indica sin más, agrega, “una limitación del genio nacional, sino una propensión excesiva y absorbente, que importa rectificar, piensa el polígrafo español, no sólo en beneficio del noble y desinteresado cultivo de la ciencia, sino en pro de las aplicaciones mismas, la cuales, sin el jugo de la ciencia pura, bien pronto se convierten en rudo empirismo”. No sin cierta sorpresa para el lector, Menéndez y Pelayo establece una comparación que merecería un comentario más largo: “No el idealismo, sino el utilitarismo, ¿quién lo diría?, se pregunta el propio autor de la epístola), eso que hoy, con alusión a los yankees, se llama americanismo, es a mis ojos, una de las principales causas de nuestra decadencia científica, después del brillantísimo momento del siglo XVI”.

8. La unidad nacional era otro tema tan fundamental para Menéndez Pelayo como para nosotros en un momento en que se cuestiona.

Los separatismos todavía eran muy débiles en su tiempo. Pero Menéndez Pelayo estaba profundamente impresionado por la dispersión que tuvo lugar en la primera República, en el largo plazo una continuación de la disolución que tuvo lugar al sobrevenir la guerra de la Independencia que afectó profundamente a la España ultramarina. Y Menéndez Pelayo, percibiendo que la Nación Histórica no coincide necesariamente con lo que las constituciones del constitucionalismo estatal dicen que es la nación, buscó lo que da unidad a la Nación española al margen de la política. Aludía al comienzo de esta intervención al estado ruinoso del *êthos* nacional. El *êthos*, concepto tan caro al cardenal Ratzinger, es algo así como *l'esprit de la Nation* de Montesquieu o el por cierto *Volksgeist* de Hegel: es la sustancia del espacio prepolítico en cuya superficie se instala el orden político para cuidar de él<sup>10</sup>, "para custodiar la manera de vivir" (M. Oakeshott).

Ahora bien, lo que da su impronta y nutre el estilo del *êthos* de los pueblos es la religión. Y por eso afirmaban lord Acton y su gran discípulo Christopher Dawson que la religión es la clave de la historia. Menéndez Pelayo, coincidía con ellos. "La religión ha sido siempre la primera y más grande educadora de los pueblos" (*Calderón y su teatro*, IV). "Sólo por [la unidad de la creencia] adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios;... ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarfe con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?"<sup>11</sup>. Ahora bien, esto no significa

---

<sup>10</sup> El concepto es bastante corriente desde el idealismo alemán, si bien lo perfiló Max Scheler. En el libro VI del *Sistema de lógica* de Stuart Mill, que Schumpeter estimaba mucho, se encuentran interesantes ideas al respecto. También en *La vecindad humana* de M. Granell (Madrid, revista de Occidente, 1969). El antropólogo cultural C. Geertz describe así el *êthos*: "El *êthos* de un pueblo es el tono, el carácter y la calidad de vida, su estilo moral y estético, la disposición de su ánimo; se trata de la actitud subyacente que un pueblo tiene ante sí mismo y ante el mundo que la vida refleja. Su cosmovisión es su retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad. La cosmovisión contiene las ideas más generales de orden de ese pueblo. Los ritos y la creencia religiosa se enfrentan y se confirman recíprocamente; el *êthos* se hace intelectualmente razonable al mostrarse que representa un estilo de vida implícito por el estado de cosas que la cosmovisión describe, y la cosmovisión se hace emocionalmente aceptable al ser representada como una imagen del estado real de cosas del que aquel estilo de vida constituye una auténtica expresión. Esta demostración de una relación significativa entre los valores que un pueblo sustenta y el orden general de existencia en que ese pueblo se encuentra, constituye un elemento esencial en todas las religiones, cualquiera que sea la manera de concebir esos valores o ese orden. Independientemente de cualquier otra cosa que pueda ser la religión, es en parte un intento (de una especie implícita y directamente sentida, antes que explícita y conscientemente pensada) de conservar el caudal de significaciones generales en virtud de las cuales cada individuo interpreta su experiencia y organiza su conducta" *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1990. 5, I, p. 118.

<sup>11</sup> El texto procede de *Historia de los heterodoxos*. En la excelente *Antología General* de J. M<sup>a</sup> SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, nº 790.

en don Marcelino una visión nacionalista más o menos paganizante, pues, para él, “el ideal de una nacionalidad perfecta y armónica no pasa de utopía. Para conseguirla sería necesario no sólo la unidad de territorio y unidad política, sino unidad religiosa, legislativa, lingüística, moral,... *et sic ceteris*, ideal que hasta ahora no ha alcanzado pueblo alguno. Es preciso tomar las nacionalidades como las han hecho los siglos, con unidad en algunas cosas y variedad en muchas más, y, sobre todo, en la lengua y en la literatura”<sup>12</sup>. Las naciones son productos de la historia a la que deben el *êthos* que las caracteriza.

Es decir, Menéndez Pelayo consideraba las naciones como hechos históricos. Y no tuvo, ciertamente, mucha dificultad, para demostrar que el *êthos* de la española es esencialmente católico. Dedicó su empeño a exponerlo y perfilarlo, haciendo de ello una de las ideas directrices y a la vez un denominador común de su pensamiento y de su obra. La citada *Historia de los heterodoxos españoles* (1882)<sup>13</sup>, no tiene prácticamente otro objeto que exponer el *êthos* de la Nación aunque no emplease esa palabra. *Êthos* que está presente aún en los escritores heterodoxos. Siendo esta una idea constante en su pensamiento, los textos que podrían citarse son infinitos. Escogeré unos pocos, un tanto al azar, remitiéndome para completarlos a la obra mencionada.

Para Menéndez Pelayo, el principio unitivo, el alma, principio vital o forma de la Nación española, como decía Aristóteles de la Polis, de su constitución material, sustantiva o histórica, es el catolicismo. En sus estudios sobre Calderón de Barca, autor tan representativo del *êthos* hispano por quien sentía verdadera devoción, escribe don Marcelino: “El carácter que desde luego salta a la vista de aquella sociedad del siglo XVI, continuada en el XVII, en eso que se llama Edad de Oro (y no siglo de oro, porque comprende dos siglos), la nota fundamental y característica es el fervor religioso que se sobrepone al sentimiento del honor, al sentimiento monárquico y a todos los que impropriamente se han tenido por fundamentales y primeros; ante todo, la España del siglo XVI es un pueblo católico; más diremos, es un pueblo de teólogos”. Prosigue Menéndez Pelayo: “La grandeza material, la extensión de los dominios de España por alianzas, por herencias, en todo el siglo XVI, es nada en comparación” con lo que llama “este gran principio de unidad católica y latina...”<sup>14</sup> Como historiador, precisa que se había “llegado a ese grado de fervor”... en primer lugar por “las condiciones históricas del desarro-

---

<sup>12</sup> *Antología General*, nº 791.

<sup>13</sup> Sobre este libro, le explicaba Menéndez Pelayo a Morel-Fatio que, si bien juzgaba los hechos con su criterio católico, “ni lo altero, ni lo falsifico. Y creo que en esto puedo preciarme de haber sido imparcial y verídico”. Por lo demás, afirmaba en la advertencia a la segunda edición, que aun siendo la obra suya “más solicitada”, no era “ciertamente la que estimo más”.

<sup>14</sup> La alusión a la latinidad merecería una larga glosa aplicando la tesis de Remí Brague en su *chef d'oeuvre La vía romana* (Madrid, Gredos, 1996). Pues las romanizaciones han sido una constante en la “vía española”.

llo de España en la Edad Media,” a las que se refiere en múltiples ocasiones. El lazo religioso predominaba aquí sobre el político hasta el punto que el mismo “sentimiento monárquico, que se toma como otra de las notas características del siglo XVI, es muy inferior, afirma Menéndez Pelayo, en intensidad y firmeza al primero. Aquí, los reyes sólo fueron grandes en cuanto representantes de las tendencias de la raza y más españoles que todos, no en cuanto reyes; aquí no hubo esa devoción, ese fervor monárquico que en Francia, como nada hubo que se pareciese a la pompa oriental y al absolutismo semiasiático de la corte de Luis XIV. Al contrario, la monarquía vivió siempre en el siglo XVI de un modo cenobítico y austero”. Si España era un pueblo muy monárquico, no lo fue, ciertamente, “por amor al príncipe mismo ni a la institución real, ni con aquel irreflexivo entusiasmo y devoción servil con que festejaron los franceses el endiosamiento semiasiático de la monarquía de Luis XIV, sino en cuanto el rey era el primer caudillo y el primer soldado de la plebe católica”, dice crudamente don Marcelino.

En fin, tomando el siglo XVI como punto culminante y definitorio de lo concerniente a la esencia de la unidad nacional, Menéndez Pelayo, gran admirador de los Reyes Católicos, forjadores de la unidad política nacional, se expresa sin ambages: “Si quisiéramos reducir a fórmula el estado social de España en el siglo XVI, diríamos que venía a constituir una especie de *democracia frailuna*. Ni aquí había monarquía propiamente poderosa por ser monarquía, ni aristocracia poderosa por ser aristocracia. Es más, la aristocracia, políticamente, estaba anulada desde que el cardenal Tavera la había arrojado de las Cortes de Toledo... Sólo quedaba, y omnipotente lo regía todo, el espíritu católico sostenido por los reyes, y en virtud del cual los reyes eran grandes; por eso, una casa extranjera [la dinastía austríaca], contraria en sus tradiciones e intereses de familia a las tradiciones y a los intereses de la nación española (y funesta para ella en su política interior), fue acatada y defendida hasta con entusiasmo heroico, sin otra causa que el haber sido portaestandarte de los ejércitos de la Iglesia, con mas firmeza y lealtad que ninguna otra casa real de Europa...” Así pues, “decir que el régimen español de la Edad Media había sido anulado por la tiranía de los reyes de la Casa de Austria fuera incurrir en lugares comunes, indignos ya hasta de refutación<sup>15</sup>. El espíritu municipal, el amor a las antiguas y venerandas libertades se conservaba tan vivo en España como en parte ninguna, escribe con verdad, y alguna exageración, Menéndez Pelayo. Felipe II no tocó los fueros de Aragón en su parte sustancial, y los de Cataluña y Valencia se conservaron en todo su vigor hasta la Casa de Borbón, que

---

<sup>15</sup> El *régimen* español en la Edad Media es el “régimen” dominante en la Edad Media europea, aunque aquí tuviese características especiales forjadas en la lucha secular con el islam. El “régimen” cristiano ha sido estudiado como un específico concepto histórico-político por M. Senellart, *Les arts de gouverner. Du regimen medieval au concept de gouvernement*. París, Seuil, 1995. Sobre la especificidad del *éthos* del regimen español, L. Díez DEL CORRAL, “Reflexiones sobre el castillo hispano”. En *De Historia y Política*. Madrid, Instituto de Estudios Constitucionales, 1998.

fue quien verdaderamente mató las tradiciones forales, iniciando la unidad centralista a la francesa.”<sup>16</sup> Exclama Menéndez Pelayo al prologar las *Obras literarias* del abate Marchena, “¡cuán verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo, escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fue el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí, como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen Estado!”<sup>17</sup>. Menéndez Pelayo percibió los riesgos inherentes a la estatalidad y lo que supuso su irrupción en el curso natural de la historia europea.

Lo antedicho, una suerte de miniantología, creo que justifica el título elegido para esta breve contribución al recuerdo de la figura y la obra de don Marcelino Menéndez Pelayo. Muchas gracias por su atención.

---

<sup>16</sup> Los párrafos transcritos, en J. M<sup>a</sup> SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, *Antología General*, nº. 2015-2018.

<sup>17</sup> *Antología General*, nº 990.